

024. Sentimientos ante Jesucristo

¿Cuántas veces hemos repetido, repetimos y seguiremos repitiendo estas palabras del Credo: *Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del Cielo?...*

Como un comentario a estas palabras de nuestra fe, se me ocurre un hecho que nos ocurrió en nuestra iglesia parroquial apenas recién llegado un nuevo Cura.

Un buen hombre guardaba siempre en la iglesia una actitud edificante. Todos lo conocíamos mucho. Era una excelente persona. Su familia, un modelo de unión y de honestidad. Arrodillado siempre o sentado en una banca de atrás, nunca se adelantaba hacia el altar, y nunca, o muy raras veces, se acercaba a comulgar.

Hasta que se lo hicimos notar al nuevo Cura Párroco que nos había llegado. El Padre se interesó por aquella alma, y un día, cuando ya había nacido algo de confianza, se le acerca respetuosamente, y le pregunta:

- *Pero, ¿cómo es que nunca recibe la Comunión? ¿Es que tiene algún problema personal? ¿Le podemos ayudar en algo?...*

Como allí no había nada de confesión, el Padre nos pudo contar todo confidencialmente a los que nos habíamos interesado por aquel hermano, y nos dijo:

- *¡Ya quisiera yo para mí la humildad de este hombre y la gracia de Dios que atesora! No se preocupen, verán qué pronto comulga. No hay nada que ocultar. Era sólo cuestión de una formación catequística algo deficiente. Todo lo que me ha dicho ha sido esto: Padre, ¿cómo quiere que yo reciba a Nuestro Señor, siendo Él tan grande y yo tan pequeño? Yo no soy digno de recibirlo.*

Y nos añadió el Padre:

- *No quiero a nadie en la Parroquia con miedo a Jesús. Aunque se trate del mayor pecador. Desde el niño más inocente hasta el tipo más bandido han de acercarse todos al Señor. El próximo domingo les voy a hablar de esto, y quiero que la lección la aprendan todos bien.*

Sentíamos curiosidad, y la homilía dominical del nuevo Párroco, provocada por el caso de aquel buen hombre, resultó una delicia. Estábamos a mitad de año, y empezó así:

* Falta mucho para la Navidad, pero les voy a leer lo que aquel día predicaba el Papa San León Magno hace mil seiscientos años: - *No hay lugar para la tristeza cuando nace la vida, una vida que elimina el miedo de la muerte y da la alegría de tener ya en promesa la vida eterna.*

¿Me entienden todos? En la Parroquia, tanto en la iglesia como en sus casas, no quiero cartas largas.

Todos a rezar y a cantar siempre alegres. ¿Viven de fiesta con Cristo, o es que están celebrando un funeral?...

Sigue diciendo ese Papa antiguo:

- *Ninguno queda excluido de esta felicidad, ya que la causa de nuestra alegría es común para todos, porque nuestro Salvador, no encontrando a ninguno libre de culpa, ha venido para la salvación de todos.*

¿Han entendido bien estas palabras? El único que no puede alegrarse es el que no sea pecador, porque Jesucristo no ha venido a salvarle a él, ya que sólo ha venido por los pecadores. Si hay aquí algún guapo que no sea pecador, que levante la mano y lo mandaremos fuera, porque no puede estar entre nosotros, pecadores...*

Seguía la predicación, cada vez más interesante.

* Miren, entonces, lo que dice aquel Papa:

- *Que se alegre el santo, porque tiene ya cerca el premio.*

Bueno, entendámonos —seguía el Párroco, que por momentos se iba ganando más a todos—: es santo porque Jesús le perdonó los pecados y ahora vive como quiere Jesús, pues, de lo contrario, ese que ahora es santo sería el más granuja de los pecadores...

Y ahora viene lo que más me interesa de lo que decía aquel Papa:

- *Que se alegre el pecador, porque Jesús le ofrece el perdón.*

Vuestro nuevo Párroco, que es también pecador, se va a confesar con frecuencia, como lo hacen ustedes humildemente. Así, que no hay nadie entre nosotros que se pueda alejar de Jesús cuando se nos da en la Comunión. ¡A formar todos en la fila sin que nadie se excuse! Quien necesite lavarse el vestido, ya sabe dónde está el confesonario, en el que se usa buen detergente...

Y va la última palabra del Papa:

- *Que se anime el pagano, porque también él es llamado a la vida.*

Aquí en la Parroquia no hay ningún pagano, porque todos están bautizados. Pero sí que hay quienes son casi peores que los paganos, porque nunca vienen a Jesús. ¡Por favor, que no le tengan miedo! Que ese miedo no se lo mete Dios en la cabeza, sino *el maldito de los cachos...* *

Aquí, todos nos soltamos a reír. Pero, les aseguro, que aquella homilía no la olvidaremos jamás.

Quienes sabíamos el asunto del hermano, por respeto y por delicadeza no le mirábamos a ver qué cara ponía. Pero dos cosas les puedo asegurar a ustedes: *la primera*, que el buen hombre no dejó ya de comulgar un solo día; y *la segunda*, que entendimos muy bien las palabras de Jesús en el Evangelio: *No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores*, tan en consonancia con las del Credo: *que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del Cielo...*